



CAPITULO VIII

En el que se refiere la disputa que trabó el coronel con el licenciado Narices,
y la defensa que hizo de las mujeres

Cuando nuestro coronel entró con su familia, ya estaban en disposición de hacer lo mismo todos los de la casa de don Dionisio, quienes luego que lo vieron lo saludaron cortesmente, y nos sentamos todos á comer.

Entre las visitas que había, estaba un señor joven y de narices abultadas, á quien conoceremos con el nombre de *Licenciado Narices*, pues así le puso doña Eufrosina, que era diestrísima en esto de poner nombres.

Luego que ella tuvo lugar de hablar, dijo al coronel:

—¡Ay, hermano, gracias á Dios que ha venido usted para que vuelva por nosotras! porque este maldito *Nariguetas* nos ha puesto como un suelo; y como no podemos responder á sus argumentos y latines con que nos aturde, está creyendo que nos ha convencido; pero yo, confiada en usted, le he dicho que nos ha de defender completamente.

—¿Pues qué ha sucedido, hermana, que tan empeñada está usted en que la defienda?

—¡Cómo qué! decía Eufrosina, ¿le parece á usted poco que nos haya puesto de vuelta y media? Pues oiga usted; dice que las mujeres somos locas, vanas, orgullosas, soberbias, falsas, supersticiosas, mal agradecidas, inconstantes, vengativas, tontas, presumidas, ¡y qué sé yo que más! ¡Vaya, si quita de las piedras para poner en nosotras! y esto no sólo lo dice, sino que asegura que lo probará con evidencia. Le contestamos que eso lo dirá por chanza, y él nos jura que lo dice con todo su corazón y sin que le quede nada dentro. Ya verá

usted que esto no puede sufrirse; y así le suplico yo y todas estas niñas, que por lo que tiene de caballero, nos defienda y haga que se confunda este maldito deslenguado.

—Sí, sí señor, por vida de usted, decían casi á un tiempo todas las señoritas que allí estaban; es menester que usted nos defienda, y así se lo suplicamos todas.

—Ya ve usted, hermano, que no se debe usted excusar de darme ese gusto, continuaba Eufrosina, ya que no por mí, siquiera por todas estas señoritas que se lo ruegan. Responda usted que sí, responda y confunda á este buen señor, que nos ha colmado de favores. ¿No lo ve usted qué socarrón es y sinvergüenza? todo se le va en engullir la sopa, y ya no puede con la risa el condenado.

—¿Pues no me he de reir, mi señora doña Escotofina, ó doña Eufrosina, ó como se llame? dijo riendo á carcajada suelta el Licenciado, ¿no me he de reir, repito, de que quieran ustedes empeñar al señor coronel en que las defienda, cuando, si no están confesas, están convictas de los cargos de que se hallan acusadas, no sólo por mi boca, sino *á toto orbe terrarum*, por todo el mundo? Cuando el señor coronel, por no faltar á las leyes caballerescas, admita el ímprobo trabajo de defender á ustedes, lo hará por divertirse; pero sabien-

do muy bien que sus clientes llevarían el pleito perdido, aun en el mismo tribunal de Pilato.

Así solemos los abogados defender algunos reos, cuyos delitos son tan claros que no los defendiera el mismo Cicerón; y sin embargo, revolvemos, interpretamos leyes, acomodamos textos, buscamos excepciones y peroramos en estrados, únicamente por consuelo de las partes, no porque en derecho tengan defensa alguna; así como el médico que le manda al moribundo agua de la palata por consuelo de sus dolientes, pero él sabe de cierto que no tiene remedio.

Tal vez el señor coronel se encargará de defender á ustedes de ese modo; mas también saldrá diciendo después de la sentencia: *yo defendí á las mujeres*. Lo mismo nos sucede á nosotros: hablamos más que diez cotorras por un reo de estos de remate; los jueces nos oyen con bastante paciencia; pero no nos hacen caso. Atienden á la justicia, y según ella, condenan á muerte á nuestro cliente, y el día que lo llevan á la horca se dice por la calle: *el licenciado Fulano, defendió á este hombre*.

¿Qué les parece á ustedes? Lo mismo decía aquel médico que iba de duelo tras el cadáver que él había despachado: *yo curé á éste*. ¿No son graciosas semejantes curaciones y defensas? Pues así ha de ser la del señor coronel respecto de ustedes. Vaya, no hay que enga-

ñarse; ustedes están convictas, y no hay ley que las defienda. Han caído de remate, y cualquier buen médico las ha de desahuciar al punto que conozca su enfermedad mortal.

— Ya usted lo oye, hermano, decía Eufrosina. ¿Ya ve usted quién es el señor y cuánto da por medio? Pues considere usted qué hará con nosotras. Vaya, defiéndanos usted.

— Pues, hermana, señoritas, dijo el coronel; yo apreciaría tener luces y capacidad para desempeñar con aire la comisión que ustedes me confían, pues, en efecto, me honra demasiado su elección prefiriéndome á los señores que nos acompañan; bien que esto es sólo efecto de la confianza con que usted debe tratarme y de la sencillez con que estas niñas siguen la opinión de usted; pero debo confesar que no tengo mérito para tanto, ni menos fuerzas para cargarme de semejante peso.

No obstante, si ustedes ponen su pleito en mis manos, yo haré cuanto pueda en su obsequio. En esta virtud, repita usted lo que dijo el señor Licenciado contra ustedes, para hacerme cargo.

— ¿Pues ya no le dije á usted, contestó Eufrosina, que dice que somos tontas, locas, supersticiosas, altivas, vanas, ingratas, orgullosas, y treinta mil perradas á este modo?

— Muy bien, dijo el coronel; siendo eso así, debo

decir, en obsequio de ustedes y de la verdad, que es lo que más importa, que las señoras mujeres, exceptuando las que lo merecen, son todo cuanto ha dicho el señor Licenciado y un poquito más que yo me sé.

— ¡Viva, viva! dijo á este tiempo el Licenciado dando de palmadas en la mesa, ¡viva el defensor de las mujeres! Es menester brindar por su salud.

En efecto, se echó un buen vaso de vino á pechos, y prosiguió comiendo con la mayor satisfacción, lo que aumentó la risa general de don Dionisio y sus camaradas.

Fácil es concebir cuánta sería la indignación de las señoritas, principalmente de Eufrosina, al verse tan mal defendidas. Es verdad que con una risa fingida procuraban disimular su chasco; pero lo colorado de las orejas manifestaba de á legua su coraje.

Qué tal sería éste, pues le tocó una buena parte á la candorosa Matilde, quien, al ver á su hermana y á las demás señoritas tan avergonzadas por su marido, no pudo contenerse, y le dijo: — ¡Jesús, hombre, qué pesado eres! ¡Aunque fuera ya...!

El coronel no le hizo aprecio, siguió tomando la sopa, y doña Eufrosina, reventando de enojo, dijo á las señoritas: — Amigas, ¿qué dirán ustedes? ¿No les sobra razón para echarme á pasear por la especial elección que he tenido? ¿Qué tal? ¿No es cierto que mi hermano tiene gracia particular para hacerme quedar bien y sacarme

lucida de un empeño? Vaya, digan la verdad. Sí, no hay remedio, la peor cuña es la del propio palo. Otro día, hermanito, por amor de Dios, por Nuestra Señora de Guadalupe y por vida de Pudencianita, que no se vuelva á tomar el trabajo de defender ni á mí ni á mis amigas, más que nos digan herejes, diablos y demonios, y más que nos harten á injurias, pues, según lo que yo acabo de ver, menos daño nos hará nuestro mayor enemigo con sus agravios, que usted con sus defensás.

Lo ridículo de esta súplica y el tono tan colérico con que la hizo Eufrosina provocó de nuevo la risa de los concurrentes, y esta risa acabó de rematar á Eufrosina, quien estuvo por levantarse de la silla, y lo hubiera hecho si el coronel, conociendo la terrible *bola* que tenía, no la hubiera sosegado diciéndole con mucha cachaza: — Ni el señor Licenciado tiene por qué llenarse de satisfacción, ni usted ni las señoritas que están presentes tienen motivo por qué quejarse de mí, en virtud de que no he comenzado la defensa.

— ¿Cómo no? dijo el Licenciado; pues á mí me parece que no puede haber sido más concisa, elegante y verdadera.

— Pues no señor, se ha equivocado usted y voy á comenzar.

Con esto se serenó Eufrosina y todas sus amigas, y el coronel prosiguió diciendo al Licenciado: — Supongo